

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Variedades, la mujer.—Un cigarro de papel.—El amor del moro, poesía.—Solucion al enigma anterior.—Geroglífico.

VARIEDADES.

La mujer.

No ha dos dias que leíamos en un periódico cierto artículo que llevaba el propio epígrafe puesto por nosotros al presente, artículo del que por tanto declinamos toda responsabilidad, especialmente en eso de haber unido la palabra *muger* á la palabra *variedades*; porque no queremos cuestiones con el bello sexo, cuya susceptibilidad pudiera alarmarse con harta razon. De las ideas allí contenidas y de la forma un tanto original con que están espresadas, vamos á ocuparnos brevemente, como lo pide el carácter de un periódico consagrado en gran parte á los intereses de la mejor porcion, ó séase de la porcion femenina del género humano.

Veinte y dos párrafos no menos tiene el artículo que analizamos, y todos ellos acaban, no con la *muger*, porque esa es demasiado dura para que la maten párrafos de periódicos, sino con la palabra *muger*; voz que constituye el tema de aquellas variaciones, en las cuales las hijas de Eva son encomiadas por todos los tonos de la escala musical, y eso en un estilo tan lleno de flauteados y perifollos que á la lengua demuestra la clase de personas á quienes el obsequio se dedica. Por ejemplo:

«Preguntad á los manes de Homero, Ovidio, Virgilio, Platon, Byron, Petrarca, y otros vates sublimes que divinizaron sus palabras de oro, ante la admiracion de la inteligencia comun de tantos siglos que pasaron, cuyas sombras vagaran eternamente en alas de la inmortalidad sobre las generaciones que serán

en la tierra, y ellos dirán que el impulso irresistible de sus grandes genios, la inspiracion mas potente y feliz de sus bellas creaciones, la flor fragante y hermosa que contagi6 de placer las íntimas sensaciones de su alma, fué la *muger*.»

Este trozo es hermano mellizo de los otros veinte y uno, y por tanto puede él bastar para dar idea de lo muy en serio que toma el autor la cuestion presente. Nosotros al leerlo no pudimos menos de recordar aquellos versos de la antigua zarzuela *El Farfúll*:

«Si guisas como retratas
serás bravo cocinero.»

Si como escribes enamoras serás bravo galanteador; solo faltará que tus amadas lleguen á comprender lo que ellas tienen que ver con Platon y con Virgilio, y como una flor puede contagiar sensaciones íntimas. Pero volvamos á nuestro asunto.

Cierto es que el amor está en la misma naturaleza; pero la verdad es que no lo han comprendido del mismo modo los hombres y las mugeres en todas las épocas ni en todos los países. En tales ó tales pueblos la *muger* ha sido un objeto de culto, como personificacion de un sentimiento divinizado. La fidelidad era entonces una consecuencia natural del amor, como es una consecuencia natural de la religion, y aunque se amaba á una sola, el sexo todo participó por concomitancia de los respetuosos homenajes consagrados á cada individualidad, naciendo de aquí la galantería. Esto, que era bueno en sí porque dulcificó la aspereza de las costumbres, llegó á exajerarse como acontece á todas las cosas de este mundo, y sacando al amor de sus naturales límites, se le quiso conceder una influencia esclusiva, y por tanto falsa, en la humana sociedad. De esta aberracion surgieron los empalagosísimos romances de la Calprenede y de la señorita Scu-

deri. En ellos el gran Ciro, el conquistador de la mitad de la tierra conocida, mueve tantas guerras, somete tantas naciones solo por librar á la princesa Mandane, cuyos desdenes, no obstante, llora como un chico de escuela en el seno de su escudero Ferolao. En ellos Horacio Cocles, el fiero, el indomable romano, canta coplas á Clelia, la intrépida doncella que pasó á nado el Tiber, quien á su vez suspira por Aronce, hijo del rey de Clusium. En ellos el austero Bruto, el que arrojó de Roma á los Tarquinos, el que hizo morir en su presencia á sus dos hijos por haber conspirado contra la república, escribe versos y billetes amorosos á Lucrecia, la cual no tan Lucrecia como nos la pinta la historia, correspondía á la ternura del inexorable cónsul. En ellos, en fin, ninguno de esos grandes acaecimientos que han variado la faz del mundo ó que han levantado hasta las nubes la gloria ó el poder de los hombres, se han debido á la ambicion de un guerrero, al deseo de conquistarse un ilustre nombre, al amor á su patria, á la fidelidad á su príncipe; todo ha reconocido por origen bastardo alguna galante intriguilla ó algun amorzuelo de imberbe pollo, sin faltarle ninguna de las condiciones de insulsas cartitas, de versos de azúcar cande, de lloriqueos y de lamentaciones. Véase aquí lo que produjo la exajeracion de la importancia social que legítimamente corresponde al amor, y por consiguiente á la muger; pero el hecho es que el favor de que por muchos años gozaron estas necias producciones, prueba que no estaban en desacuerdo con las tendencias de la época en que se escribieron.

Como es muy raro que los hombres se coloquen en un buen medio, cualquiera que sea la cuestion de que se ocupen, resultó que la reaccion fué llevada en este punto mucho mas allá de lo justo y de lo legítimo. Para probarlo no tenemos mas que echar una ojeada sobre la posicion que hoy ocupa la muger en la sociedad, comparativamente á la que en otras épocas ha ocupado. Antes la juventud en masa era obsequiosa con las damas, y lo que es mas, de ello hacia alarde. A ellas dedicaba todos los momentos que otras mas perentorias atenciones se lo permitian; para ellas organizaban incesantemente solaces y recreos; buscaba las reuniones y las tertulias; fomentaba conciertos y bailes; en suma, no concebía pasatiempo posible sin la cooperacion del bello sexo; fuera se entiende de los obsequios especiales que pudiera con-

sagrar á alguna determinada hermosura; circunstancia que no disminuía, antes bien aumentaba en él el deber de ser galante con las demás. Ahora no bien pasan los hombres de veinte años ya casi creen degradarse bailando una polka ó un wals; ahora la gravedad afectada ha reemplazado á la alegría, á la expansion que tan bien sienta á la juventud; ahora se escusa en lo posible el acompañar, el visitar á las damas por temor de parecer insubstancial; ahora los jóvenes se encierran en sus suntuosos casinos, y allí se entretienen, no cuidándose de que las señoras se aburran en el rincon de sus casas, y allí las dejan bordar á sus anchas en tapicería, ó dar vueltas á la aguja de su crochet, mientras maldicen de esas nuevas costumbres masculinas que prescriben el aislamiento de los sexos en daño de uno y de otro; ahora las ambiciones políticas, antes esclusivamente propias de la edad madura y de la vejez, se desarrollan en muchos casi desde el punto en que dejan de las manos las fábulas de Iriarte ó el catecismo de Fleury; y el que toma ese camino, frecuente por desgracia, comienza por hacer un paréntesis indefinido á todos los sentimientos del corazon. El que aspira á diputado ¿cómo es posible que enamore á nadie mas que á los electores? El que escribe artículos de fondo en un periódico, ¿cómo ha de escribir una declaracion amorosa á una linda muchacha? El que se prepara á hacer la oposicion al gobierno, ¿cómo no ha de principiar por via de ensayo haciendo la oposicion al género femenino?

Y si esto acontece aquí, donde se dice que la mujer es soberana en la sociedad, ¿qué diremos de esas tierras donde la misma mujer no está considerada sino como un mueble mas ó menos bello? Ahí están los harenes de Constantinopla, verbigracia, que no nos dejarán mentir.

Resulta de lo dicho que la muger no solo no ocupa hoy en realidad el lugar altísimo que ha ocupado otras veces, sino que ni siquiera se la concede el privilegiado que debiera. Ya se comprende que hablamos en tesis general y no concretándonos á individualidades. Déseles el puesto que legítimamente les corresponde, y ese puesto sea tal que las ponga á cubierto de la maledicencia, tan dispuesta siempre á ensañarse en ellas. Si principiamos por desprestigiarlas, ¿cómo les fiaremos despues nuestra propia honra?

F. F. A.

UN CIGARRO DE PAPEL.

I.

¿Habeis tenido mal humor alguna vez, amados lectores míos?

¿Habeis sentido una especie de vago mal estar que mortifica sordamente al individuo, sin que sea no obstante causa suficiente para obligaros á buscar al médico?

¿Habeis sido acometidos, por casualidad, de esa terrible enfermedad inglesa llamada *spleen*?

Pues si la habeis tenido, por desgracia, podreis formaros una idea aproximada del dolor que me aqueja trescientos sesenta y cinco veces al año, salvo cuando es bisiesto, porque entonces asciende á uno mas aquella cantidad.

De esto ha resultado lo que no podia menos de resultar: que me he familiarizado con mi mal del mismo modo que se familiariza el infeliz con la desgracia.

Pero el *spleen* es muy guapo y atento conmigo: algunas veces creo que el perseguirme con tanta frecuencia es efecto del intenso cariño que me tiene, y ya hasta le tuteo y le trato con mucha confianza, como si fuera un amigo íntimo á quien tengo la costumbre de ver y hablar todos los dias; pero otras, y son las mas, me pesa su amistad y quisiera perderle de vista para siempre; quisiera no haberle conocido nunca.

II.

He hecho un notable descubrimiento, un magnífico y filantrópico descubrimiento, que me seria muy bien recompensado si no viviera en un pais en el cual todo se recompensa, menos el estudio.

Ni siquiera pienso pedir privilegio de invencion, porque estoy cierto de que no me lo darán.

Los privilegios se venden en España.

Por lo tanto el que tenga dinero puede contarse desde luego en el número de los hombres privilegiados.

Yo soy muy generoso y voy á revelar *gratis* mi secreto á mis lectores.

He descubierto que el *spleen* es una mujer, ó que tiene por lo menos dos de las condiciones que distinguen á la generalidad de las mujeres.

Sí, lectores míos; en primer lugar al *spleen* le incomoda muchísimo el humo del cigarro, porque apenas me ve dispuesto á fumar huye de mí como perro con cencerro.

Desde hoy, pues, el que padezca de *spleen* puede verse libre de él cuando se le antoje; á no ser que le suceda lo que á mí.

Yo no sé como me las compongo, que las pocas veces que tengo tabaco carezco de papel; y cuando me faltan ambos artículos, como acontece casi siempre, me encuentro sin dinero.

Si fumo en este momento lo debo á la generosidad de un amigo, que tiene la sin igual fortuna de poder llevar siempre la petaca llena de cigarros.

Aprovecharé esta ocasion para recomendarlo á mis lectores, porque es un chico muy honrado y de un talento nada vulgar.

Se llama Cándido: hace bastantes años que le trato y solamente le he encontrado una falta. Que no viene á visitarme con la frecuencia que yo deseo.

Pero hasta de digresiones.

Los acontecimientos de la vida están unidos como los eslabones de una cadena.

Con cigarros que fumar yo no temeria el *spleen*; así como no me apuraria la falta de los cigarros si tuviera dinero para comprarlos.

En resumen: yo seria feliz si fuera rico.

Pero no os riais de mi candidez, que no todos los ricos son felices.

Los que se hallan en este caso podian muy fácilmente hacer una gran obra de caridad, compartiendo conmigo su fortuna... material.

Este pequeño sacrificio quizá les abriria las puertas del cielo, y yo lo agradecería muchísimo en la tierra, porque han de saber mis lectores que soy el muchacho mas agradecido que come pan.

Pan!... esta palabra me recuerda que mi criada me ha comunicado hoy la infausta noticia de que el precio de este artículo se ha subido dos cuartos.

III.

Mas volvamos al *spleen*: la segunda cualidad que lo asemeja á la mujer es la de ser celoso como un turco.

Hubo un tiempo en que yo pasaba mi vida en la mas completa soledad: en que mis pensamientos pertenecian á mí mismo, eran por decirlo así propiedad esclusiva del autor; en una palabra, en que yo vivia *herméticamente* solo.

Miento: que el *spleen* era mi inseparable compañero.

Unicamente mientras mi boca despedia el humo de mi cigarro se soltaba de mi brazo, del cual se volvia á apoderar apenas lo tiraba convertido en *homeopática* colilla.

Pero la soledad me cansó el mismo dia que me aburrí de tener que dedicar á mí mismo mis pensamientos.

Soñé en una mujer y la amé.

Desde que mi mente la imaginó, mi corazón fué en busca del suyo como va el río en busca de los mares, como va el rayo en busca del para-idem.

Mis dorados sueños se realizaron por fin.

El corazón de *ella* me pertenece y sus miradas embellecen mi existencia.

La primera palabra de amor que pronunciaron sus labios, labró mi dicha é hizo perder la calma al *spleen*, que solo me visita cuando ella está lejos de mí.

Su primera caricia fué para mí lo que el rocío para las flores: para el *spleen*, lo que el *simoun* para los campos.

El *spleen* tiene celos de *ella*, pero no obstante

es tan prudente y me quiere tanto, que aprovecha su ausencia para venir á hacerme compañía.

En una palabra, *ella* es mi mujer; el *spleen* es mi querida.

IV.

Pero ¡ay! *ella* no está ahora á mi lado y la lumbré del cigarro, que encendí al comenzar este mal perjeñado artículo, me está abrasando ya las yemas de los dedos que le sostienen.

El *spleen* está aguardando la ocasion de apoderarse de mí y quiero dejar la pluma antes de que esto suceda.

Mas veo que mis lectores me preguntan:—Y despues de tanto hablar, ¿qué nos ha dicho este hombre?—

Poco á poco, señores míos, no sean ustedes tan descontentadizos.

Muchos articulos de muchos periódicos que yo leo no dicen tanto.

Y si nó, veamos.

He dicho á ustedes que tengo *spleen*.

Les he dado una receta para curarlo. No quiero decir dos, porque respecto de la otra podría acontecer que fuese peor el remedio que la enfermedad.

Les he dicho tambien que no tengo dinero.

Que seria feliz si lo tuviera.

Que el pan se ha subido dos cuartos.

Que estoy enamorado.

Y... otras muchas cosas que desisto de enumerar por no dar á ustedes un motivo para que conciban la ruin sospecha de que pretendo llenar con repeticiones algunas cuartillas mas.

Quizá nada de cuanto he dicho importe á ustedes, pero á mí me importa mucho todo ello y... váyase lo uno por lo otro.

A lo dicho añadiré, que si alguno de ustedes tenia *spleen*, habré yo satisfecho todos mis deseos si ha conseguido mitigarle la lectura de mi artículo, como ha mitigado el mio el cigarro que he fumado mientras le he escrito.

Mas claro: que me contento con que mi trabajo valga, lo que vale un cigarro de papel.

José MARCO.

EL AMOR DEL MORO.

—Blanca paloma de azulados ojos,

Sultana de la ardiente Andalucía,
Sombra gentil de mis dorados sueños,
Luz de mi vida.

Rosa temprana de celeste aroma,
Faro que alumbras la existencia mia,
Tórtola dulce del sombrío bosque,

¿Por qué suspiras?

Puro arcángel del Dios de los cristianos;
De larga y blonda cabellera riza,
¿Solo para llorar en este suelo

Tu Dios te envía?

Ven á mis brazos, ven, que yo te adoro:
Ven á mis brazos, ven, cándida niña:
Yo ceniré á tu frente mi corona...

¿Quieres ser mia?

—No! dijo la altiva dama

Con orgulloso despecho:

Nunca esperes que mi pecho

Corresponda á tu pasión!

Nunca! la hembra castellana

Su frente humillar no quiere!...

¡Primero, moro, prefiere

Arrancarse el corazón!—

Ciego de rabia, desnudó el alfange

El moro adusto, del cabello asióla,

Y segó el cuello de la hermosa niña...

Pobre paloma!

Y diz que es fama que á la estancia aquella

El monarca Muslim á cada aurora

lba á encerrarse, y que gritaba triste

Con ansia loca:

—Ven, que sin tí me muero, Blanca mia!

Sombra gentil de mis ensueños, torna!...

Y que despues besaba con delirio

Dos trenzas blondas!

M.^a DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Solucion del enigma anterior.

Los tapices de Flandes.

Solucion del geroglífico anterior.

Los dineros del sacristan cantando se vienen y cantando se van.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.



Antamien de Madrid